

NEBELA

Roberto Meezs



©Niebla
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Noviembre 2020

Roberto Meezs

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Edición creativa y de estilo: Hugo Riquelme
Ilustración de portada: Luis Naranjo
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-47-6
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2020-A-6357

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Este libro se escribió para Pamela, Belén y Agustina;
quienes son la luz de todos mis días.

Para Jorge y Verónica, mis padres, por todos los libros
que leímos juntos.

*Los espíritus no encarnados o errantes no ocupan una
región determinada y circunscrita, sino que están en todas
partes, en el espacio y a nuestro lado, viéndonos y codeándose
incesantemente con nosotros. Forman una población invisible
que se agita a nuestro alrededor.*

Allan Kardec

0

Estaban por finalizar su sección en el matinal. Amanda, lucía una chaqueta de piel y unas botas largas Gucci de última temporada. Junto al reconocido “profesor” Gabriel Alarcón, realizaban el análisis de un hotel, donde algunos huéspedes habían declarado ser testigos de manifestaciones paranormales. La pareja era panelista del programa que se transmitía desde la madrugada hasta el mediodía. Los habitantes de la región preferían el canal local para informarse acerca de los menesteres de la ciudad, que ofrecía en su parrilla programática desde por espacios de cocina a conversaciones triviales que amenizaban los quehaceres de las dueñas de casa. Amanda canalizaba los casos paranormales que le llegaban por percepción extrasensorial. Aprovechando sus capacidades psíquicas, Gabriel acompañaba a la mujer como panelista experto. Había adquirido sus conocimientos en una especialización sacerdotal durante su juventud, donde estudió Teología en una prestigiosa universidad de la capital, carrera que abandonó para contraer matrimonio con su novia de ese tiempo. Gabriel y Amanda examinaban diariamente diversas situaciones anómalas que ocurrían en Niebla, La unión, Puerto Varas, Frutillar, Puerto Montt, Osorno, e incluso Valdivia, la ciudad desde donde transmitían. También repasaban casos clásicos a nivel país o mundial, lo que marcaba el *peak* de sintonía. La dupla se ganó el corazón de los televidentes no solo gracias a su carisma y conocimientos, sino a la solución en terreno, más allá de la religión, de varios de estos fenómenos.

Una vez finalizado el programa, su animador invitó a los televidentes a una pausa comercial, preparándose para cocinar un pescado con un reconocido chef, quien se arreglaba tras bambalinas.

La pareja se levantó y salió de escena, sacándose los micrófonos. Gabriel extendió su mano para ayudar a Amanda a bajar los dos escalones que separaban el set de televisión con la loza donde se encontraba el equipo técnico tras cámara. La invitó a tomarse un café en el kiosco del canal, pero fueron interrumpidos por un asistente que tenía puestos unos audífonos enormes, informándole que en la entrada principal se encontraba una señora pidiendo hablar con ella urgente.

—Amanda, esa señora ha venido dos días seguidos a buscarte. El guardia no la dejó pasar las veces anteriores, pero ahora intervino el productor general —musitó el asistente.

—¿Te acompaño? —preguntó Gabriel con amabilidad—. Y después nos tomamos el café.

—No te preocupes, Gabriel. No creo que me tome mucho tiempo —argumentó ella.

Junto al asistente se encaminó hacia la entrada para hablar con la mujer. Al llegar se encontró con una dama mayor, que aparentaba tener edad para jubilarse. Conversaron aproximadamente unos veinte minutos en la entrada del canal de televisión.

—¿Usted quiere que vaya a su casa? —consultó Amanda.

—¡Sí, por favor! Es terrible lo que ocurre ahí. Se mueven las cosas. Los objetos salen disparados por el aire sin ningún tipo de explicación —suplicó la mujer entre sollozos.

La mirada de la sexagenaria ablandó el corazón de Amanda.

—Cuando salga de aquí iré a su casa, a eso de las siete de la tarde —le dijo, tomándole las manos para tranquilizarla.

La mujer le entregó un papel con la dirección y su nombre: Esther Lackington. Ella lo guardó, observándola a los ojos. Buscaba percibir algo más sobre aquella mujer, pero no había mayor información tras sus luceros.

Terminado el trabajo en el canal y la reunión de pauta para analizar lo correspondiente al día siguiente junto a Gabriel, se prepararon para retirarse. Ambos salieron caminando por el pasillo que conectaba los estudios del famoso matinal. En la entrada principal, a un costado de la caseta de guardias, se despidieron, deseándose una buena noche y dando las últimas pinceladas al tema que tratarían.

Ella logró conseguir un taxi para ir a la dirección indicada en el papel. Mientras viajaba en el vehículo, presentía el error al haber aceptado la invitación. Algo le aceleraba el corazón. “¿Y si realmente está en una situación difícil?”, pensó. Una momentánea tranquilidad encontró en esos pensamientos, dando paso a la satisfacción de ayudar a alguien acongojado.

El taxista le indicó la llegada. “Aquella es la casa que busca señorita”, dijo, señalando con la mirada.

Ella se bajó y por unos instantes enfrentó la casa en silencio, tratando de percibir la energía que desde ella emanaba. Se inquietó. El edificio estaba encajado entre árboles robustos, hacía gala de sus centenares años de construcción y mostraba el abandono en sus tablas descascaradas por la erosión y las lluvias. Sus ventanas de color marrón no dejaban percibir ningún destello de luz. En el interior la oscuridad era absoluta. Eso es lo que Amanda pudo averiguar desde el exterior. Examinó las casas cercanas y las encontró en mejor estado.

Se acercó a la reja. Buscó algún timbre o lo que permitiera dar aviso de su llegada. Solo había un alambre tenso que sobresalía de la verja y afirmaba el pasador de la chapa. Jaló y la puerta se abrió hasta atrás, rechinando debido al óxido de sus bisagras. El jardín se encontraba plagado de maleza y enredaderas que crecían sin discreción por todos los recovecos, incluso entremedio de los pastelones por donde caminó. A medida que se acercaba a la puerta de entrada, las percepciones se tornaron más oscuras. Había algo en la casa que no agradecía su llegada. Se inquietó.

Se encontró frente a una puerta de madera húmeda y con pintura descascarada, que abarcaba todo el marco de la entrada. Incrustada en el centro había una aldaba con el rostro de una cabra, con sus cuernos en forma de espiral. Estaba tallada en bronce y una argolla atravesaba su boca, todo invadido por las telas de araña que brillaban por la humedad de la neblina. Los tres toques que dio con la argolla en la puerta retumbaron al interior, mezclándose con los crujidos de la madera añeja de los pisos que conducían a los pasillos de la morada.

Unos segundos transcurrieron antes de escuchar pasos en el interior que estremecieron las tablas, seguidos del sonido de tres cerraduras abriéndose. La angustia de Amanda se coronó con el incesante golpeteo de su corazón. La puerta se abrió. No la dejaba ver a la persona que estaba detrás de ella, pero pudo reconocer la voz. Era la señora Esther.

—Soy yo, Amanda Torres —tíubeo.

El sonido de la puerta arrastrándose por la madera hizo que se le erizara la piel. El olor que emanó desde el interior era pesado, dejaba en evidencia la humedad que reinaba entre las tablas. La oscuridad no dejaba ver el rostro de la mujer. Incluso se apreciaban los cambios de tonalidades en los destellos de las velas que estaban a sus espaldas, sobre un arrimo. Dio unos pasos luego de la invitación de Esther a ingresar. Al pasar por su lado sintió olor a excremento que emanaba desde la boca aun cerrada. Los impulsos de asco no los pudo evitar y se tapó la nariz. Caminó hacia las velas que iluminaban un gran salón con sillones de respaldo alto, tapados con unas colchas negras y diseños de color rojo que conectaban con los flecos que caían por el contorno. Dio la vuelta y la miró. La señora aseguraba la puerta con las tres cerraduras ante la mirada nerviosa de Amanda. La mujer vestía el mismo poncho de lana negro con que se presentó en el canal. Solo quedaban al descubierto sus flacuchentas pantorrillas, cubiertas de unas medias oscuras con pun-

tos corridos. La anciana caminó hacia el salón, dejando atrás una estela de olor nauseabundo que llegó hasta el fondo de la nariz a Amanda.

—¿Qué es lo que necesita que haga en esta casa, señora Esther? —le consultó, haciendo un recorrido visual por la decoración que invadía cada rincón de las murallas.

—¡En esta casa pasan cosas! —dijo la anciana—. Los objetos se mueven solos y por las noches se escucha una voz que me pide que haga cosas. Cosas malas —argumentó la mujer, mirando fijamente a los ojos de Amanda—. Eso ocurre todas las noches. Hasta pasadas las seis de la mañana, no me deja dormir.

—¿Usted vive sola aquí?

—Sí. Mi hermana murió hace cuatro años. Compartimos esta casa desde que nuestros padres fallecieron —respondió—. ¿Quiere un té con galletas? Recién las estoy horneando.

—Bueno —dijo Amanda, titubeando—. ¿Me permite recorrer la casa mientras las termina de hornear?

—Claro, mijita. ¡Vaya! —respondió la mujer, dando la vuelta para encerrarse en la cocina.

Amanda comenzó a observar los adornos con los que la anciana decoraba su casa. Observó unas fotografías en blanco y negro que se levantaban sobre una vitrina de madera, donde mantenía platos con incrustaciones doradas. Miró los platos con detención y se percató de que estaban polvorientos, como si no los hubieran ocupado en décadas. En las imágenes se apreciaba a Esther junto a quien suponía era su hermana. Eran idénticas. Y en todas las fotografías ellas posaban con la misma ropa. El mismo poncho de lana negro como el que vestía en ese momento. Sus cejas se arquearon. Tomó la fotografía y la examinó muy de cerca. Estaban en el patio de la casa, lo reconoció debido a que la pintura estaba en las mismas condiciones que ella observó al llegar. Caminó por un pasillo lúgubre que conducía a las habitaciones. Todas las puertas estaban cerradas. Se acercó a una e intentó girar

la chapa para abrir. Nada. Intentó con otra. Tampoco. Todas se encontraban cerradas con llave. En la última puerta notó que no solo estaban cerradas, sino que se mantenían selladas con inmensos clavos oxidados. Revisó las demás y estaban en el mismo estado.

Al fondo vio una mampara de vidrio que daba directo al patio. Se dirigió para observar el exterior a través del vidrio. Afuera se veía ropa tendida en unos cables que atravesaban de lado a lado la propiedad, intentando infructuosamente secarse con el frío. Probó la cerradura y esta vez la mampara se abrió. Salió al patio y miró hacia atrás. La fachada posterior de la casa estaba aún peor que la del frente. Extrañada, inspeccionó detenidamente cada ángulo del edificio. Las seis habitaciones que daban hacia ese sector no tenían ventanas. Solo el hueco vacío con las bisagras colgando en cada marco. El patio tenía un extenso terreno hacia el fondo, donde chocaba con una choza de madera sin ventanas y cerrada con una cadena. Se acercó y trató de observar hacia el interior, por un espacio que se formaba entre la pequeña puerta y el umbral. La oscuridad no dejaba ver nada. Dio unos golpes con sus nudillos y acercó su oído a la puerta. Por unos instantes nada ocurrió. Pensó que estaba inhabilitado, pero entonces se escuchó un ruido. Como si adentro hubiera algo moviéndose y arañando la madera. Su piel se erizó y su corazón comenzó a galopar. Volvió a tocar sigilosamente. Un golpe seco estremeció la puerta de madera, que se desprendió de la bisagra superior socavada por el óxido. Una mano pequeña se dejó ver. De un salto retrocedió, tropezando con una viga de madera. Utilizó ese mismo palo para hacer palanca y destrozar la bisagra inferior. Lo que vio la dejó paralizada. Era un niño. Estaba desnutrido y desnudo. Las heridas en la piel dejaban en evidencia los latigazos que había sufrido. El niño no superaba los cinco años de edad. Él se abalanzó a sus brazos en estado de shock. Amanda lo abrazó y lo cubrió con su chaqueta de piel brillante, tapando su huesuda

columna, sus costillas a la vista, cicatrices y extraños dibujos tallados en algunos sectores de su torso. Dieron la vuelta en dirección a la casa. Ahí estaba Esther, los miraba de pie frente a ellos con un cuchillo carnicero en su mano derecha, esperando poder clavarlo en la piel de los inocentes. Amanda la miró con terror. Vio en sus ojos la oscuridad de la noche y el odio que guardaba por años.

—¡Cómo se le ocurre tener a un niño en estas condiciones! —le gritó.

Esther, con su mirada vacía, se abalanzó cuchillo en mano sobre ellos. Amanda agarró la viga con la que golpeó la puerta y se la estrelló en la cabeza. La mujer cayó aturdida. Se formó una poza con la sangre que brotaba de su cabeza. La anciana comenzó a balbucear palabras irreconocibles por Amanda, quien no se detuvo a evaluar el estado de la mujer. Corrió junto al niño hacia el interior de la vivienda. A medida que avanzaba por los oscuros pasillos, los objetos volaban, estrellándose contra las murallas. Las puertas de las habitaciones se sacudieron en el poco espacio que les dejaba la cerradura y los clavos. La debilidad del niño la retrasaba. Lo levantó en sus brazos y corrió hacia la entrada. La casa crujió en total descontrol. Miró hacia el salón y los muebles flotaban en el aire y se azotaban en el suelo. Avanzó con mayor frenesí. La puerta de entrada estaba cerrada con llave. Sus tres cerrojos cortaron su huida. En un arrebato de horror, corrió por el salón esquivando los muebles y abrió la ventana. La madera podrida no soportó su propio peso y cayó al exterior. Lanzó al niño hacia afuera. Un bramido estremeció el lugar. Algo la tomó de los pies, impidiendo su escape. Miró hacia atrás y logró ver un ser oscuro que mantenía sus garras puestas en sus piernas. Horrorizada, se aferró al marco de la ventana. De reojo vio a la anciana acercándose por el pasillo. Jadeaba sin control. Desquiciada. La vieja la tomó y tironeó de ella con sus manos hirviendo. Lanzó una patada y desencajó la quijada de Esther. Amanda cayó al otro lado de la ventana y huyó junto al niño.

I

El café humeaba, descansando sobre la mesa en su tazón favorito, a sabiendas de que la preparación era perfecta, como a Benjamín Torres le gustaba. Eran las nueve de la mañana y el día uno de aquellos grises que dejaba marcas de gotas en las ventanas debido al calor corporal. Encendió la estufa a leña muy temprano para lograr entrar en calor y escapar de aquel frío que no le permitió, por momentos, conciliar el sueño. Se probó a lo menos tres corbatas que le gustaban, pero prefirió colocarse la que Amanda, su madre, le tenía desde el día anterior preparada. “Prefiero evitarme el mal rato que me hará pasar mamá”, pensó.

Hasta ese momento era un día normal en su trabajo, el que desarrollaba desde casa como ingeniero informático. En su dormitorio contaba con el escritorio lleno de accesorios útiles para él, pero que generaban constante molestia en su madre, quien por suerte había salido temprano a reunirse con un agente de la televisión local que le ofreció participar como mediadora en unos casos paranormales dentro del programa. Querían aprovechar su antigua fama como médium durante sus años de juventud.

Benjamín sentía alivio cuando se encontraba solo en casa, pero aquella mañana se levantó con una sensación extraña que no lo dejó aprovecharla como quería. Había realizado los quehaceres que su madre la noche anterior le había conferido, por lo que estaba *ad portas* de disfrutar el café que llevaba algunos minutos entibiándose. Encendió la televisión en el canal de noticias. Mientras el conductor hablaba de un suceso en particular, al que Benjamín no le daba mayor importancia, recordó que los ciudadanos de Niebla, en su gran mayoría, se dedicaban a la agricultura.

— En este pueblo no ocurre nada extraño — dijo en voz alta con tono despectivo, hablándole al conductor de noticias, evidentemente sin recibir respuesta alguna.

A punto de acabar su café y aprestándose a llevar el tazón casi frío, sonó el teléfono que se encontraba en el corredor que conectaba la puerta de acceso con el confín de su casa y precisamente el dormitorio que él mantenía desordenado. Caminó con paso cansino, volteando para continuar viendo la televisión sin apurar el paso mientras el teléfono pitaba y pitaba. Levantó el auricular al momento en que le colocaba *mute* al televisor y se lo puso en su oreja afirmándolo con el hombro.

— Aló — contestó con voz seca —. Sí, con él — dijo acomodándose en su lugar.

A medida que Benjamín escuchaba a su interlocutora al otro lado del auricular le cambió el tono de voz, lo llevó a experimentar una sensación extraña y recordó al doctor que trataba a su amigo, José Carvajal, en el hospital psiquiátrico.

— Me impresiona lo que me está diciendo — dijo con tono de incredulidad —. Hace semanas que no he sabido nada de José. ¿En qué la puedo ayudar? — preguntó demostrando su poca cortesía.

El corazón del joven latía cada vez con más fuerza, como si su pecho estuviese a punto de explotar. El frío recorrió su cuerpo, quitándole espacio a la impresión que debía sentir. En su mente aparecieron las imágenes de los momentos que vivieron en su juventud, en especial los recuerdos del cumpleaños número veinticuatro de José. “Han transcurrido diez años”, pensó con bastante angustia.

Un silencio inquietante se sintió en ese intertanto de conversación.

— ¿Usted sabe la causa de su fallecimiento?

Sin más, Benjamín colgó el teléfono y se quedó estupefacto tratando de entrelazar la información en su cabeza abatida. Un silencio ensordecedor se decretó dentro de la casa en ese largo minuto. Una lágrima rodó por su mejilla, cuyo recorrido entorpeció con la manga de su camisa. José Carvajal había muerto.